

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

La retirada de Sagasta.

«Se va? No se va? ¿Se retira? ¿No se retira? No se oyen por ahí más preguntas que esas. Cecilia Aznar ha perdido ya toda actualidad. Ahora ha entrado en turno Sagasta. ¿Pero cómo nos aburrimos!

Si hay que hablar de algo para distraerse. ¡Verano más aburrido! Ni un mal motín, ni una mala huelga, ni el más pequeño alboroto... ¡Qué suerte la del Gobierno!

Da cierto mal sabor de boca de tanto nombrar a Sagasta. Ese hombre á pesar de su insignificancia, présteme usted su microscopio, amigo Calderón, ha llenado toda su época. Desde la Revolución hasta la fecha no hay otra personalidad política que más relieve. Sagasta por arriba, Sagasta por abajo. No hay más hombre que él. Y él apenas si es hombre; conqué ¡como serán los otros!

Cánovas nos molestó menos, gracias á Angiolillo. Le llegó su hora muy á tiempo. Pero á Sagasta no hay quien le mate. ¡Más que han hecho sus amigos!... Pero él sigue en pie, impertérrito. Parece que, como el personaje de *Vivir siempre*, de Balzac, ha descubierto el secreto de la inmortalidad. ¡Qué resistencia física la suya! ¡Ni que fuera hormano de leche del presidente de la Academia de la lengua, del eterno señor conde de Chestre!

Pero ¿se va? ¡Jamais!, como decimos los franceses. Sagasta no se va; hay que echarlo. Y no vale la pena de adoptar tanta resolución contra él. ¡Porque la limpia había de ser general! Con echar sólo á Sagasta, ¡qué ibamos ganando!

Para ocupar la vacante de D. Práxedes — ¡pero si ese hombre es insustituible! —, se indica al buen D. Moret. ¡Protestamos! Sagasta es más divertido que D. Segis. Nos hace más de reir.

No; que no se vaya; que no se retire. Para tales ciudadanos tales gobernantes.

En manos de Sagasta lo hemos perdido todo: las colonias, el crédito, el honor, la vergüenza... Es necesario dejarle que complete su obra. ¡Aguardemos á que nos conquiste Marruecos!

LA PROVIDENCIA

Ya se sabe con certeza quién es el autor de la catástrofe de la Martinica.

El *Boletín del Obisado de Madrid* ha hecho el descubrimiento, y los periódicos clericales de España entera repiten la noticia. La catástrofe es obra de la Divina Providencia, que demuestra su divinidad, cuando no tiene otra diversión más á mano, haciendo que una montaña arroje fuego y abraza á una ciudad de muchos miles de habitantes, sin que se escape una rata.

A raíz de la catástrofe, la prensa reaccionaria se abstuvo de hacer comentarios, temerosa de que la echasen en cara la prisa con que embarcó el obispo de la Martinica apenas comenzaron los síntomas de la erupción, encargando á sus diocesanos que se quedaran en sus casas rezando; medio indiscutible para apaciguar á un volcán en ebullición. Después ha transcurrido el tiempo, se olvidó lo del obispo, y los escritores católicos han creído llegado el momento de sacar raja del suceso, echando mano de la Divina Providencia. ¡Dichosa Providencia que para todo sirve!... Si ocurre un hecho fausto, á ella se lo debemos y hay que darle las gracias; si sobreviene una catástrofe, obra suya es, para escarmiento de malos y ejemplo de buenos, y hay que implorar su piedad. Es extraordinariamente cómodo para explicarlo y justificarlo todo, contar con esa Providencia, cuyos golpes, ciertos como palos de ciego, deben ser admirados, ya que resultan las manifestaciones de la suprema sabiduría.

Quedamos en que quien abrió la tapadera del Monte Pelado para que cayese una lluvia de fuego sobre la infeliz ciudad, fué la Providencia. ¿Por qué? Los periódicos clericales nos lo explican: porque los habitantes eran en su gran mayoría librepensadores y masones, que en el último Carnaval cantaban canciones contra los curas y los santos. Aceptando que esto de cantar — aun las mayores atrocidades — sea suficiente para irritarle la bilis á la Providencia, no será aventurado ni irrespetuoso para la religión suponer que no todos los habitantes de la ciudad cantarían. Al-

gunos estarían roncacos, otros no tendrían ganas. Además, en la ciudad existían curas católicos y había iglesias á las que asistían muchos fieles; de lo que resulta que no todos ni aun la mitad de los vecinos cantarían los impíos couplets, á pesar de lo cual se irrita la Divina Providencia, abre la espita del volcán y ¡cataplúm!, todós enterrados bajo la lluvia de fuego, los que cantaban y los que callaban, los perversos y los inocentes, los impíos y los devotos. ¡Alabemos á la Divina Providencia y reconozcamos que con menos motivo les dan garrote en la tierra á gentes que no hacen tanto!

— ¡Pero qué cantaban esos desdichados para alterar de tal modo los divinos nervios? — preguntarán muchos con la curiosidad excitada.

Pues cantaban una canción contra el catolicismo, con este estribillo:

La Vierge á l'eugerie.

Le Christ á la voirie.

Que quiere decir, poco más ó menos: «La Virgen á la cuadra y Cristo á la alcantarilla.» Una canción de dudoso gusto que los periódicos clericales repiten con fruición para justificar la catástrofe, y que sólo saben á medias, pues debían haber añadido el tercer verso:

Et le Saint-Père au diable.

— Si que es grave la canción — dirán algunos —. Qué diabluras inventaba la gente de la Martinica, cuando sentía deseos de cantar. Se comprende que irritada la Providencia contestase con una lluvia de fuego, sin mirar si el ardiente chaparrón alcanzaba á los suyos.

A esto no hay más que oponer una pequeña objeción: que ese canto no es de la Martinica. Ese canto es sencillamente *La Carmañola*, de la que todos han oído hablar. Hace catorce años la oía yo cantar en París, á las masas populares, y desde entonces acá, ¡saben ustedes si ha aparecido algún volcán en la capital de Francia?

Esa canción la cantó Jaurès, el famoso orador, y los diputados socialistas en la Cámara Francesa, y que yo sepa, todavía no se ha derrumbado la cúpula del Palacio Borbón.

Hace tres domingos, el pueblo de París cantó todo eso de la *Vierge á l'eugerie*, repartiendo palos entre los reaccionarios reunidos en la plaza de la Concordia para intentar una manifestación contra la República, y á la hora presente aún no ha dicho la prensa que se haya abierto el pavimento de la gran plaza para dar paso á una columna de fuego. Y nada ocurrió tampoco el pasado domingo en la plaza Maubert, donde la muchedumbre, al desfilar ante la estatua de Esteban Dollet, el mártir de la Inquisición, se hartó de entonar *La Carmañola*, esa canción antigua que en París conocen hasta los niños de teta.

Sin duda existen dos Providencias: una para París y otra para la Martinica. Y si no existe más que una, convengamos en que sólo puede mostrarse colérica cuando tiene un volcán cerca; y donde no los hay, tiene que permanecer muda é inactiva ante la procacidad de los impíos. Poresto, sin duda, el obispo de la Martinica, enterado en su alta sabiduría de que la Providencia puede hacer daño donde hay volcanes, se apresuró á escapar, abandonando á sus diocesanos.

Podrá decirse contra todo esto que la Providencia no sólo castiga á los hombres por medio del fuego de los volcanes, y que para demostrar su bondadoso poder, tiene á su disposición el rayo, el derrumbamiento, el incendio, etc.

Es verdad. Se desploma la catedral de Cuenca y entierra vivos á un gran número de católicos; cae un rayo en una iglesia de Galicia y mata á varias docenas de fieles en un funeral; se incendia el Bazar de la Caridad de París diez minutos después de bendecirlo el Nuncio y mueren achicharradas más de cien damas de la aristocracia ultra devota. La misma Providencia de la Martinica fué autora de estos tremendos castigos. ¡Qué habían hecho las pobres víctimas, tan creyentes y católicas! ¡Habían cantado acaso esa *Carmañola* que en la apartada isla de las Antillas es la causa de la catástrofe, según dicen los periódicos clericales!

Para ridiculizar el dogma, no hay nada como la imbecilidad de los periodistas católicos.

BLASCO IBÁÑEZ.

UN DEMENTE

— ¿Qué es de ti, chico? — le pregunté —. No se te ve por ninguna parte. Para dar contigo hay que venirte á buscar á esta tienda de Aquiles, adonde te has retirado como los cenobitas al yermo.

Se levantó, se aseguró de que nadie nos escuchaba, cerró cuidadosamente la puerta, y volviéndose á mí, díjome con aire lleno de misterio:

— Me ocurre una gran desgracia. Sólo á un amigo como tú la confesaría. ¡He perdido el juicio!

— ¡Qué tontería! — exclamé —. ¿De dónde ha podido venirte tan extraña imaginación? ¿No comprendes la contradicción que encierra? Ningún loco da en la manía de imaginarse que lo es. El loco que conociera su locura ya no sería loco.

— Es un error — replicó —. Hay un delirio razonante, que es el que yo padezco. ¿Cómo llamarías tú al que en todas las cosas, sin excepción alguna, pensara de una manera diferente de cómo piensan los demás?

— Le llamaría raro, estrambótico, excéntrico, extravagante...

— Originalidad, extravagancia... manía, demencia, ¡que son sino los términos de una serie! ¿Es otra cosa la vesanía más que la incoherencia de las ideas que nos pone en pugna con el sano sentido común?

— ¿Y en qué consiste tu perturbación?

— Mi perturbación consiste en encontrar racional á lo disparatado y lógico á lo absurdo. La dialéctica hace bancarrota en mi cerebro. Entre el principio y la consecuencia, mi entendimiento sufre extravío. Adolezco de una dislocación del silogismo. ¿Lo entiendes ahora?

— Merced que antes.

— Lo entenderás en cuanto te haya puesto algunos ejemplos.

— No es evidente que los hombres públicos que han regido los destinos de España de veinticinco años á la fecha son los principales causantes de su ruina y abatimiento? La opinión pública así lo ha estimado, y yo con ella. Pero la opinión sensata ha sacado en consecuencia que era preciso confiar la regeneración de la patria á esos mismos hombres que la perdieron. Yo, como estoy loco, les hubiera hecho expiar su crimen ó su imprudencia, y cuando menos, los hubiera arrojado á escobazos. Ya ves que mi demencia no es tan pacífica como parece, y tiene sus accesos de furia.

Todo el mundo conviene en que la ignorancia nos ha llevado al abismo. Los cuerdos infieren de aquí que es necesario dejar indotada á la instrucción pública y poner la educación de la juventud en manos de la clergalla. Yo, en mi frenesí, hubiera hecho mil despropósitos. Hubiera sacado de la tierra doscientos millones al año para consagrarlos á esta primordial atención. Hubiera traído del extranjero maestros que nos desasnaran. Hubiera enviado á Europa millares de pensionados para que allí lo aprendieran todo, desde las más altas especulaciones filosóficas hasta el arte de fabricar quesos. Dios sabe hasta qué punto me hubiese arrastrado mi delirio.

Los yanquis herejes nos sentaron las costuras á los ortodoxos españoles. De este hecho los discretos han sacado la moraleja de que aquel desastre fué un castigo de nuestra impiedad, y que, para evitar la repetición de males tan malos, es indispensable perseguir la herejía y el librepensamiento, extremar las exterioridades de la devoción y meternos en la frailería hasta el cogote. Yo habría pensado que urgía hacer con la Edad Media un corte de cuentas y plantarnos de un solo salto en el siglo xx.

La sociedad española tenía que transformarse de arriba abajo. Una revolución completa, total, absoluta, se hacía indispensable. Como nada debía conservarse, fueron llamados al poder los conservadores, seguidos á poco por los fusionistas, sus primos hermanos. Es la lógica de los cuerdos. Yo, insensato, lo entiendo de otro modo. Para hacer una revolución habría apelado á los revolucionarios. Para transformar la sociedad de arriba abajo, hubiera echado mano de los radicales. ¡Mira tú qué disparate!

Y así en todo. Mi lógica se da de bofetadas con la de los demás. Ellos y yo pensamos á contrapelo. ¿Hay dudas acerca de lo acaecido en la fortaleza de Montjuich? Lo mejor, según la sensatez,

es no aclarar esas dudas. ¡Estiman los de la Unión Nacional que del régimen actual se derivan todos nuestros males! Lo que procede en razón es declararse neutral entre ese régimen que ha perdido á España y otro que pudiera salvarla. Juzgan los republicanos que su espantoso fracaso es efecto de su desunión? Lo oportuno, lo que demanda el buen juicio, es seguir como hasta aquí, tirándose los bonetes... Y yo, erre que erre, pensando todo lo contrario.

Y hay más. Si yo tuviera una hija destinada á ser, por ley natural, esposa y madre, ¿cómo me había de ocurrir encomendarla á aquellas que han renunciado á ser jamás madres ni esposas? Si se tratara de preparar á un hijo para las luchas de la vida, ¿cómo había de confiar su preparación á los que dicen haber abdicado de la vida para evitar la lucha? ¡Enriquecería con mis dadas á los que han hecho voto de pobreza? ¿Consentiría que dirigiera la conciencia de mi esposa, un hombre que ha renegado del matrimonio y de la familia? No; eso sólo lo hacen los cuerdos; los cuerdos que se imaginan que la edad de diez y seis años es el momento crítico de la mayoría política y la plenitud de la capacidad estadística.

— Pues mira — le dije —, en ninguno de los ejemplos que has citado encuentro el menor síntoma de la enajenación mental de que dices adolecer.

— ¿Cómo que no? — gritó colérico mi amigo —. Pretendes, por ventura, que crea que todo el mundo ha perdido aquí la chaveta, y que yo soy el único, ó poco menos, que conserva uso de razón?

ALFREDO CALDERÓN

JUEGOS FLORALES

¡Extraña expectación!... Es el poeta de la flor natural. Su porte altivo y su olímpica cara circundada de abundante y sedosa cabellera, negra como el dolor de su alma pura, le da en el palco singular relieve al recitar el inspirado canto que el sin rival *Cara-Mono* compuso. el ánimo pendiente de una bella que al acento del vate enamorado se agita en su sitial nerviosamente.

¡Oh fuerza del amor incontrastable, que en los momentos críticos del hombre á herir su pecho con tus dardos vienes robándole la paz y el albedrío que en la tranquila infancia disfrutara!... ¡Oh poder de la mágica belleza que remueves los gérmenes sagrados del corazón rendido y encadenas á tu carro triunfal los sentimientos de la inexperta juventud que corre desatentada á tus amantes brazos!

Ved allí á *Cara-Mono* irguiendo el tallo con altivez so la robusta planta, que no ha bastado á doblegar el peso de su profunda inspiración. En tanto su acento hasta la absorba muchedumbre en vibraciones musicales llega, y arrulla los oídos delicados de la selecta concurrencia muda que siente palpar la poesía.

Hay que escuchar la música sonora de su voz melodiosa enronquecida, para sentir el inefable goce de un mundo superior, al que transporta los tiernos corazones *Cara-Mono*. Un mundo superior que no es la luna ni Venus, ni otros muchos que el espacio en donde giran mil mundos y soles, mantiene en armonía suspendidos y sujetos á leyes inmutables; sino á un planeta en donde nace el pino, el nabo, la escarola y la lombarda, y en donde escriben versos y comedias *Cara de Mono* y otros señoritos.

Yo escuché á *Cara-Mono* entusiasmado oculto en el rincón del gallinero y me río por dentro como un bruto, al ver la grande estupidez humana

DON QUIJOTE

LA RETIRADA DE SAGASTA

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID



Don Práxedes.—¿Me la corto?

El consabido coro de notables.—¿Que no se la corte!

Weyler.—¿Si te la cortas!...

Romero Robledo.—¿No te la cortas, que ella se caerá sola!

El eterno coro de clericales.—¿Que va á ser de nosotros si se la corta?

El pueblo español.—¿Por mí que se la corte!

Moret.—¿Se la cortará!

que parias rinde al trovador que un día cantaba en el pinar de las de Gómez.

— ¡Esto es la mar!... *pa* mi capote digo, que está ya un poco viejo, pero abriga mejor que las levitas y los fraques que gastan en *Madrid* los señoritos, y aquellos *paletós* de última moda que les hace ser frailes franciscanos, hasta el extremo de que yo una tarde confundiera con ellos a un amigo nacido en el país de Don Quijote.

— ¡*Ta day!*... chusma endiablada de escritores, de genios y de sabios y de locos, de señores que están *algo del queso* aunque ellos se figuren lo contrario. Yo me voy ahora mismo y me sumerjo en el fondo del pozo Montesinos, relleno de ratones y culebras y de otras *alimañas indecentes* donde no vuelva a ver, como el *cobarde* y honrado caballero de la Mancha, a ninguna *beldad* de las que pueblan del mundo las espléndidas mansiones, en que pululan los *potorrós limpios* sin que nadie les pegue unos azotes y les mande a freír rábanos verdes.

SIR JORGE

La canción de la materia

Ciertas cosas hay que referirlas sobriamente. El sencillo toque de oración es más expresivo que los raros gritos con que los sacerdotes acompañan las ceremonias del culto.

He aquí lo que va del naturalismo al clasicismo.

Richard Krassoff era un hombre serio y un buen amigo.

Un día se me dijo que Richard era emigrado ruso.

Tanto mejor.

Los hijos escarncidos por sus padres son más dignos de respeto que los padres bondadosos.

Me presenté por primera vez en casa de Richard una tarde de invierno. Krassoff tenía en las Barreras una habitación modestísima.

París le había dado asilo, y esta caridad no siempre se ejerce con los jesuitas.

Entonces conocí la familia de mi amigo.

La señora tenía treinta y cinco años y parecía una anciana. El niño desempeñaba una plaza de agregado en el escritorio de un banquero. Su hermanita tenía seis años. Pequeña como la margarita y blanca como las azúcenas, tenía María esa rara simpatía que acompaña a la desgracia.

Quedé agradablemente sorprendido ante aquellos individuos que, por su honradez, merecían ser pobres.

Sentí la niña sobre mis piernas y la dejé jugar con la cadena del reloj. Pero de pronto, interrumpiendo su juego, me dijo:

— ¿Quieres que te cuente un cuento?

— Sí, hija mía.

— ¿Cuál? — preguntó la señora de Krassoff.

— El del huevo, mamá.

— ¡Ah, el del huevo! — interrumpió Richard.

— Escúchelo usted, Sr. Lanza. Es interesante ahora que tanto se preocupan los sabios con las evoluciones de la materia.

— Está bien. Cuenta, cuenta, hermosa mía.

El niño se apoyó en la pared y dibujó en sus labios una amarga sonrisa, que sostuvo durante toda la narración. Krassoff, de pie y mirando hacia la calle, entretuvose en golpear los cristales con las yemas de los dedos. La señora fijó sus ojos en la niña, y ésta apoyó su manita izquierda en mi hombro, y accionando con la derecha empezó así su cuento:

— Pues, señor: el emperador tenía una hermosa gallina encerrada en un pabellón del jardín, y cáte que una noche se escapa un tigre de la jaula de las fieras y se mete en el pabellón con la gallina.

Pues, señor: a la mañana siguiente recogieron el tigre y vieron que la gallina había puesto un huevo; y como el emperador todo lo quiere para sí, cogió el huevo y se estuvo quietecito calentándolo para comerso lo que saliera... Y salió... ¡a qué no sabes lo que salió?

— No sé.

— Pues salió un polizonte.

— ¡Ah! — exclamé cuando comprendí toda la idea, — y besando con arrebató a la niña, la dije: «Benditos sean tus padres que te enseñaron ese cuento, y bendita tú si lo enseñás a tus hijos.»

SILVERIO LANZA

EL PAN DE SAN ANTONIO

Entre las infinitas *martingalas* de que se vale la gente de iglesia para sacar dinero, ninguna mejor pensada que la que han dado en llamar *pan* de San Antonio, como hubieran podido bautizarle con el de tortas de Santa Rita. El glorioso

abogado de las niñas queda convertido, por esta nueva combinación, en una especie de Romanos sin cartera. Por medio del *pan* de San Antonio, que indudablemente tiene mucha más *miga* que el que fabrican los miseros mortales, se alcanzan todas las gracias que se deseen, y aunque el popular santo no tiene arte ni parte en esta nueva *panadería*, es lo cierto que al amparo de su nombre trabajan la masa, *las masas*, multitud de comunidades religiosas de la última hornada que, al fabricar su *pan* espiritual, evitan fácilmente la competencia y el pago de la contribución *ad maiorem Dei gloriam*.

El misterioso *pan*, según leemos en un *Boletín del Asilo de la Santísima Trinidad*, que tenemos a la vista, obtiene cada día mayor éxito, y para que se vea el interés, y al mismo tiempo la poca confianza que los mismos devotos tienen en los buenos oficios de uno de los santos de mayor circulación de España, copiamos una de las listas que publica dicho *Boletín* religioso.

«San Antonio, adjunto remito una peseta por algunos favores recibidos, prometiendo que si me concedes lo que te pida diariamente, dar todos los años diez reales. R. I. S.»

Como se ve, el solicitante no se ha corrido mucho en la comisión, porque ofrecer diez reales a cambio de molestar diariamente a un santo que ya tiene bastante que hacer con escuchar las demandas de las niñas que quieren casarse, es pedir gollerías. Además, ya especifica que esos diez reales son a condición de que le conceda todo lo que le pida, que si no, ¡adiós las «dos pesetas cincuenta céntimos» ofrecidas!

Y sigo copiando:

«Una persona devota, en agradecimiento de un favor recibido y otro que espera recibir, diez reales.» «M. T. de Polameño, por haber obtenido el que la parálisis que antes no le dejaba moverse hoy pueda trasladarse de un punto a otro, aun cuando con ayuda de un palo, seis reales.» Ese «aun» vale un imperio, porque es recordarle a San Antonio que bien pudo hacer el favor por completo, y, la verdad, eso de ponerle reparo encima, no nos parece justo ni reconstituyente.

«Al pan de San Antonio ofrecí el 6 de Octubre del año anterior dos pesetas, si el santo me concedía una gracia, y una si me concedía otra, y como las dos gracias se han conseguido, mando las tres pesetas. J. M.» ¡Muy bien! Aquí tenemos a este piadoso devoto pagando las gracias como si se tratara de un coche por horas: la primera a dos pesetas, y lo restante a peseta la media hora.

Otros varios ofrecen dinero a San Antonio a «cuenta» de favores pedidos; vamos, ¿que «se corren» con un anticipo, sin duda para estimularle, tratándole como a un vulgar agente de negocios.

Es verdaderamente descarado y repugnante que se trate de comerciar de este modo con las cosas más serias y sagradas, explotando la fe de la gente beata, que no puede ver un cepillo en su casa sin echarle algo, siquiera por la fuerza de la costumbre.

Ya que de regular la existencia y organización de las «Asociaciones religiosas» se trata, ¿no se podría intentar algo para evitar este comercio que hacen ciertas gentes, de modo tan indigno y bochornoso?

Porque ¿qué forma tiene ese pan? ¿Dónde va ese dinero? ¿Quién ha pedido la exclusiva a San Antonio para ese negocio? De no corregirse, tendremos dentro de poco el «Bálsamo» de San Hermenegildo o la «Lotería» de San Rafael, cualquier cosa, disfrazada de algo muy parecido a un delito que se condena en el Código penal por menos motivo.

Y ya que hacemos referencia a esta lista, copiada del nuevo «trust del pan», que diría un norteamericano, no podemos resistir la tentación de copiar un fragmento de una poesía religiosa inserta en el mismo número del mencionado *Boletín*:

«A MI ÁNGEL

Si dormido una noche pudiera contigo me fuera,
al cielo los dos»

Dios sabe la dedicatoria que tendría esta poesía, y qué ángel será ese.

El Rey de Jerez.

Estoy fuera de sí, como diría cualquier Gorgonio-autor achulapado. Nos ha salido un rey, surgió de pronto sin enterarse Blasco, que esta vez se ha pasado sin decirnos que es muy amigo de Juanito Aladro a quien tutea desde que era joven, con quien pasó un *estío* en Monte Carlo. Futuro rey de Albania, aunque nacido en los fértiles campos jerezanos que además de los vinos excelentes producen, por lo visto, soberanos, marchó don Juan primero el Cosechero a visitar su corte y sus vasallos, y llevó a los magnates albaneses espléndidos regalos: *Cognac tres cepas, Macharnudo fino*, y un barril de *Jerez amontillado*,

capaz él solo de elegir más reyes que registra la Historia desde Baco. Piensa substituir Don Juan primero la corona de sus antepasados, por la expresiva y clásica corona hecha con verdes pámpanos y temen con razón los albanenses que resulte un *monarca encabezado*. La noticia causó emoción profunda en todas partes; pero yo declaro, que en vez de emocionarme, me hizo gracia porque me hizo pensar que por acaso, como son coetáneos y amigos, pensara Juan primero en su paisano, nuestro elegante duque de Almodóvar, que tomará el encargo de formar ministerio allá en Albania, dejando la cartera del Estado, que aquí disfruta sin pensar en nada. Así veremos sin pasar un año, a aquel nuevo país con un gobierno, ya que no de Jerez, ajerezado.

Anécdotas políticas.

(ARREGLADAS LIBREMENTE)

El último chiste *disparado* por Rancés:

— En mi casa hay ascensor, pero no lo utilizo nunca.

— ¿Por qué? ¿Le causa a usted miedo? — le interroga Dato.

— No, no le uso porque vivo en un piso bajo.

Carcajada general.

Es decir, del general Azcárraga.

Se habla de edades en la tertulia de Sagasta.

— ¿Cuántos años tiene usted, Capdepón? — pregunta D. Práxedes.

— Yo sesenta y cinco. ¿Y usted, señor presidente?

— Yo setenta; soy más viejo que usted.

— Ahora sí — replica Capdepón — pero de aquí a cinco años, tendremos los dos la misma edad.

— Hay hombres — decía Rodríguez — que son calvos a los veinte años.

— Eso no tiene nada de particular — contesta Urzáiz. Cuando yo nací no tenía un solo pelo en la cabeza. ¡Y sigó lo mismo!

Puigcerver regresa de Italia, y al hablar de Roma, dice:

— Es una ciudad muy hermosa; pero todos sus monumentos están necesitados de una pronta restauración.

CONJUNCIONES

Las últimas notas de la orquesta acababan de perderse en el aire, y aún seguía su recuerdo acariciando voluptuosamente los oídos del público, como siguen acariciando el oído del amante, muchas horas después de pronunciadas, las frases de la mujer origen de su amor.

Había terminado el espectáculo, y la marquesa, levantándose del asiento que antes ocupara, se dirigió hacia el fondo del palco y allí permaneció en pie algunos instantes, sin aceptar el abrigo de pieles que le ofrecía su marido, como si quisiera poner de manifiesto ante los ojos de éste y ante los de Jorge (su más asiduo contetulio), todos los maravillosos encantos de su cuerpo: sus hombros redondos, su pecho alto y bien contorneado, que se desvanecía formando deliciosa curva entre los encajes del corpiño de seda; sus brazos desnudos y frescos, su cintura flexible y sus espléndidas caderas, sobre las cuales se ajustaba, para perderse luego en mil y mil pliegues caprichosos que apenas descubrían el nacimiento de unos pies primorosamente calzados, el rico vestido, hecho, más que para velarla, para realzar la estatuaría corrección de sus formas.

Los dos la miraban: el marido, el viejo y acaudalado prócer, con la satisfacción pasiva y moderada de la impotencia; el mozo, con la febril inquietud que pone en los ojos el deseo cuando la sangre es joven y la vida palpita en el organismo plétorica de energía y de poder. Ella sonrió satisfecha de aquel triunfo plástico; la sedosa piel del abrigo cayó sobre su espalda desnuda, y sólo quedaron al descubierto sus ojos negros, su nariz correcta, sus labios sensuales y el extremo enguantado de su brazo, que se apoyó en el de Jorge, mientras la marquesa decía a éste con voz vibrante y acariciadora:

— Usted me acompañará hasta casa; el marqués tiene una cita en el ministerio.

— Sí — respondió el anciano.

Y los tres salieron del palco: ella, apoyándose dulcemente en el brazo de Jorge; éste, envanecido con tal distinción, y el viejo, detrás, encendiendo un cigarro y siguiendo a la juvenil pareja con paso lento y trabajoso.

Cuando aparecieron en el *foyer*, todas las miradas se fijaron en ellos; las mujeres cuchicheaban en voz baja, mezclando a sus frases sonrisas epigramáticas y desdeñosas; los hombres reían también, con más fuerza, con más descaro, y entre unos y otras se cruzaban palabras por este ó semejante estilo:

— ¡Vaya un grupo!

— ¡Y él es buen mozo!

— ¡Es claro! Se casó con el otro por dinero...

— ¡Qué cinismo! ¡Es escandaloso!

— ¡Pobre marqués! ¡Está en Babia!

— ¡Como que Babia es el pueblo natal de todos los maridos viejos!

— No es la primera.

— Pero eso de hacer gala de su falta, es insostenible... repugna.

Cualquiera que hubiese escuchado estas conversaciones, hubiera creído que los censuradores de aquel adulterio volverían despreciativamente su espalda a los adúlteros; y sin embargo, a medida que el grupo origen de tan varia y justa murmuración, llegaba cerca de los que se ocupaban en criticarlo, las injurias cesaban, en todos los labios aparecía una sonrisa de afecto, los hombres se quitaban el sombrero, inclinábanse las mujeres cortésmente, y palabras cariñosas de *A los pies de usted, marquesa. Adiós, Jorge. Hasta mañana, querida*, oíanse al paso de la gran dama, que con la frente alta, provocadora la mirada y atrayendo hacia sí al cómplice de sus traiciones, atravesaba orgullosa por delante de todos, luciendo las galas que habían arrojado sobre su cuerpo las debilidades de un viejo, y el amante que supo conquistarse con el incontrastable poderío de su hermosura.

— Adiós — dijo la marquesa, despidiéndose de su marido, para subir al carruaje, seguida de Jorge.

— Adiós — repuso aquél.

Y se quedó mirando partir la lujosa berlina, en pie sobre la acera y mascando el cigarro que se desvanecía en espirales de humo, mientras la marquesa, oprimiendo entre sus manos las de Jorge, y volviendo hacia él su rostro henchido de promesas y de deseos, murmuraba a su oído con acento apasionado y febril:

— ¡Jorge mío, qué dichosa soy a tu lado!

El carruaje llegó a la puerta del palacio donde residían los marqueses. Junto a aquella puerta, arrebujado el cuerpo en un mantón de puntas con un pañuelo de seda caído sobre los ojos, la cara pintarrajeada y el ademán grosero y desenvuelto, había una mujer, una mercenaria del arroyo, una de esas mercancías del vicio que se venden en la sombra, como temerosas de que la luz, mostrando sus miserias, disminuya su precio; una de las muchas víctimas que el hambre, la ignorancia, y el abandono arrojan en medio de la calle, y que mendigan un pedazo de pan cuando brindan con placeres al transeúnte.

Aquella mujer se detuvo para hablar con alguien a tiempo que el coche de la marquesa paraba frente a los umbrales del palacio, y el lacayo abría, sombrero en mano, la portezuela.

— Hasta mañana, Jorge — dijo la marquesa. — No olvide usted la hora. A las dos. Estaré sola.

— Hasta mañana — repuso la voz del joven desde el interior del carruaje.

Y la marquesa, saltando ligeramente al suelo, envuelta en pieles y sedas, tropezó con la miserable aventurera, que la obstruía el paso. Las dos se miraron; sus rostros, iluminados por los amarillos reflejos de un farol, se hallaron frente a frente, pintarrajeado y repugnante el uno, hermoso y atractivo el otro; el hombre de la aventurera rozó el cuerpo de la gran señora, y ésta, retirándose con asco, penetró en el anchuroso zaguan, exclamando en voz baja:

— Estas mujeres están en todas partes. Debía procurarse que no tropezaran con ellas las personas decentes.

JOAQUÍN DICENTA

ANUNCIOS HUMORISTICOS

Toda la ciencia del mundo, ha dicho el filósofo, se reduce a asegurarse la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 13*.

¡Médicos! ¿Queréis dar la vida a vuestros enfermos? Pues recomendadles el exquisito *Anis del Mono*. ¡Y ya veréis lo que es salud!

CASTELAR

(Fragmentos de sus obras.)

En este libro se hallan comprendidos los mejores trabajos políticos y literarios del ilustre tribuno.

Un tomo de más de 200 páginas, con seis retratos de Castelar y artística cubierta. 3 pesetas. Para los corresponsales y suscriptores de Don Quijote, 1,50 pesetas. Los pedidos se harán a esta Administración. Pagos anticipados.

IMPRESOS ECONÓMICOS

Material moderno. Precios reducidos. 10.000 prospectos, 12 pesetas; 100 tarjetas, desde 0,75 pesetas. Especialidad en orlas modernistas e inglesas litográficas. Aduana, 25.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7.

VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, a nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.